



unánimes

# Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

33.- La resurrección de Lázaro



unánimes

Estudios Bíblicos

N.33.- La resurrección de Lázaro

## 1. El texto

### Juan 11:1-44

*Estaba enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos). Enviaron, pues, las hermanas a decir a Jesús:*

*—Señor, el que amas está enfermo.*

*Jesús, al oírlo, dijo:*

*—Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.*

*Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Luego, después de esto, dijo a los discípulos:*

*—Vamos de nuevo a Judea.*

*Le dijeron los discípulos:*

*—Rabí, hace poco los judíos intentaban apedrearte, ¿y otra vez vas allá?*

*Respondió Jesús:*

*—¿No tiene el día doce horas? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.*

*Dicho esto, agregó:*

*—Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo.*

*Dijeron entonces sus discípulos:*

*—Señor, si duerme, sanará.*

*Jesús decía esto de la muerte de Lázaro, pero ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente:*

*—Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos a él.*

*Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos:*

*—Vamos también nosotros, para que muramos con él.*

*Llegó, pues, Jesús y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios, y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano. Entonces Marta, cuando oyó que Jesús llegaba, salió a encontrarlo, pero María se quedó en casa. Marta dijo a Jesús:*

*—Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará.*

*Jesús le dijo:*

*—Tu hermano resucitará.*

*Marta le dijo:*

*—Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final.*

*Le dijo Jesús:*

*—Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?*

*Le dijo:*

*—Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.*

*Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto:*

*—El Maestro está aquí, y te llama.*

*Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y fue a él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta lo había encontrado. Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo:*

*—Va al sepulcro, a llorar allí.*

*María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verlo, se postró a sus pies, diciéndole:*

*—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.*

*Jesús entonces, al verla llorando y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y preguntó:*

*—¿Dónde lo pusisteis?*

*Le dijeron:*

*—Señor, ven y ve.*

*Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos:*

*—¡Mirad cuánto lo amaba!*

*Y algunos de ellos dijeron:*

*—¿No podía este, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?*

*Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva y tenía una piedra puesta encima. Dijo Jesús:*

*—Quitad la piedra.*

*Marta, la hermana del que había muerto, le dijo:*

*—Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días.*

*Jesús le dijo:*

*—¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?*

*Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo:*

*—Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado.*

*Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz:*

—*¡Lázaro, ven fuera!*

*Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo:*

—*Desatadlo y dejadlo ir.*

## 2. Introducción

El presente estudio es particularmente extenso debido a la importancia que tiene el milagro que vamos a analizar desde la perspectiva cristológica.

El Evangelio de Juan presenta una secuencia de relatos que nos llevan a identificar a Jesús como el verdadero y único Mesías. No deberíamos nunca perder el hilo del relato total. En su ministerio inicial Jesús se reveló a sí mismo a círculos cada vez más amplios, pero fue rechazado (primeros seis capítulos). En la fiesta de los Tabernáculos y en la de la Dedicación hizo una invitación seria a los pecadores, una y otra vez, no sólo con un llamamiento directo sino también indirectamente al mostrarles las recompensas del discipulado. También hizo un gran milagro. Pero se le resistieron decididamente (capítulos del 7 al 10). Y ahora, por medio de dos obras que en grandeza sobresalen por encima de todas las demás (la resurrección de Lázaro y la entrada triunfal en Jerusalén) se manifiesta a sí mismo, ahora más que nunca, como lo que efectivamente era... el Mesías.

Veamos entonces algunos detalles que nos ayudarán con nuestro estudio:

### 2.1. La importancia

La importancia de este milagro radica en que es una señal que apunta a Jesús como Hijo de Dios; específicamente, como la resurrección y la vida. Como la multiplicación milagrosa de los panes fue ilustración de Jesús como el pan de vida y la curación del ciego de nacimiento (y también el perdón concedido a la mujer adúltera) lo manifestaban como la luz del mundo, así este milagro lo señala como la resurrección y la vida.

### 2.2. La revelación

Este milagro también revela que Jesús era el Mesías que iba a morir por su pueblo, en cumplimiento de la profecía.

### 2.3. Los componentes

Hay cuatro partes claramente definidas en el texto:

- a. El informe de la enfermedad de Lázaro y su muerte
- b. La llegada de Jesús (y sus discípulos) a Betania cerca de Jerusalén
- c. El milagro mismo
- d. Sus resultados

Se pueden presentar pruebas satisfactorias en apoyo de la posición que afirma que los versículos subsiguientes (55–57) realmente son el comienzo de un nuevo capítulo. Sin embargo, también se puede argumentar que la tensión en Jerusalén (la tensión bastante parecida después del milagro de la multiplicación de los panes) fue causada en parte por la resurrección de Lázaro, y por consiguiente, se puede considerar como uno de sus resultados.

## 2.4. El lugar y el momento del suceso

### a. El lugar

El lugar donde Jesús recibió el informe respecto a la enfermedad de Lázaro no se menciona en el capítulo 11. Puede haber sido Betania al otro lado del Jordán. El lugar donde Lázaro y sus hermanas vivían era Betania cerca de Jerusalén.

### b. El momento.

La última indicación temporal que se menciona en forma concreta se encuentra en versículo 22, la fiesta de la Dedicación; en consecuencia, diciembre (probablemente del año 29 d.C.) es el momento en que este episodio ocurre. Este milagro sucede un poco después. Jesús ha permanecido por un breve tiempo en el lugar donde Juan bautizó primero. Quizá se detuvo ahí unas pocas semanas o un mes (durante el cual quizá hizo un viaje), pero no mucho más. También hay, sin embargo, un lapso considerable de tiempo entre la resurrección de Lázaro y la Pascua del año 30 d.C. También esto da tiempo para sucesos que el apóstol Juan no refiere.

Sobre la base de todos estos indicios no nos equivocaremos mucho si afirmamos que Lázaro fue resucitado en enero o a comienzos de febrero del año 30 d.C. La unción en Betania ocurre seis días antes de la Pascua; en consecuencia, al final mismo del Ministerio en Perea, al cual pertenece también la resurrección de Lázaro. La entrada triunfal corresponde a la Semana de la Pasión (abril del año 30 d.C.), al igual que la solicitud de los griegos para ver a Jesús.

## 2.5. La secuencia de eventos dentro del relato

Hay dos puntos de vista que rechazamos por ser demasiado especulativos:

- a. El primero da por entendido que al mensajero le llevó sólo un día trasladarse de Betania en Judea hasta el lugar donde estaba Jesús; que cuando llegó, Lázaro ya había muerto; que después de la muerte de Lázaro Jesús permaneció ahí dos días más y que Jesús entonces en un día se trasladó a la casa de María y Marta; así se explica el hecho de que cuando llegó, Lázaro había estado sepultado cuatro días. Pero el relato no contiene indicios de que esta reconstrucción sea la verdadera. De hecho, si hay inferencias justificadas, van en dirección contraria. Parecería haber cierta base para creer que, cuando el mensajero llega, Jesús sólo sabe que

Lázaro está enfermo y que Lázaro de hecho murió dos días después, cuando Jesús informó de inmediato a sus discípulos de esta muerte. Entonces enseguida se ponen en camino hacia Betania de Judea. El que fuera, sin embargo, el cuarto día (tres días después del día de la muerte y sepultura) cuando el grupo llegó, parecería indicar que el lugar de donde procedía Jesús estaba bastante lejos. Esto armonizaría muy bien con la idea de que Jesús había estado bastante al norte, en Betania al otro lado del Jordán, exactamente como el texto parecería indicar.

- b. La segunda opinión, que es totalmente contraria a la primera, parte de la base de que Lázaro seguía vivo y esto no sólo cuando el mensajero (enviado por las hermanas para que informara de su enfermedad) llegó hasta Jesús, sino también cuando volvió y que entonces encontró a Lázaro todavía plenamente consciente, y le indicó que sería resucitado de entre los muertos, ¡de modo que supo de esto y se sintió consolado antes de morir! Pero todo esto es muy especulativo. El relato nada dice acerca de ello; parece de hecho contradecir esta reconstrucción. Deberíamos aceptar el relato tal como nos lo da la Escritura.

### 3. El enfermo

*Estaba enfermo uno llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. (María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, fue la que ungió al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos).*

La ocasión del milagro fue la enfermedad de Lázaro. Su nombre es abreviación de Eleazar, que significa “aquél a quien Dios ayudó”. A fin de distinguirlo de otras personas que llevan el mismo nombre se lo llama Lázaro de Betania, nativo y residente de ese pueblo.

Y a fin de distinguir esta Betania de Judea de la de la orilla oriental del Jordán se la llama aquí “la aldea de María y de Marta su hermana”. Esto sugiere que se da por sentado que los lectores conocen el hermoso relato referido en el Evangelio de Lucas, donde se nombran juntas a María y Marta. Recordémoslo entonces:

#### **Lucas 10:38-42**

*Aconteció que, yendo de camino, entró en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Marta, en cambio, se preocupaba con muchos quehaceres y, acercándose, dijo:*

—Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.  
Respondiendo Jesús, le dijo:

—Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria, y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.

Cuando en la frase siguiente la María a la que se refiere se describe en forma todavía más concreta como “la que ungió al Señor con perfume”, no sólo se la distingue de otras Marías—distinción muy necesaria porque había muchas mujeres que llevaban este nombre—sino que también se la designa como aquella a la que los lectores han encontrado antes, a saber, en el relato referido en los Evangelios de Marcos y Mateo. Sin embargo, ni en Mateo ni en Marcos se hace mención del nombre de la mujer que ungió a Jesús. En consecuencia, Juan menciona el nombre aquí. Más adelante va a dar su propia versión de la unción. Agregará ciertos detalles no mencionados en los otros Evangelios; por ejemplo, el mencionado incluso aquí: “y le enjugó los pies con sus cabellos”. No es improbable que fuera la resurrección de Lázaro, referida aquí, la que condujera a la acción de gratitud de María, en el capítulo subsiguiente.

#### 4. El mensaje

*Enviaron, pues, las hermanas a decir a Jesús:  
—Señor, el que amas está enfermo.*

Como la condición de Lázaro se volvía cada día más grave, las hermanas deseaban ardientemente que Jesús, el amigo íntimo y el gran sanador, estuviera presente. Se sienten seguras de que con Él presente su hermano sería curado y no moriría. Podemos imaginarlas diciendo una y otra vez, “¡Ojalá Jesús estuviera aquí!”

En este estado mental es totalmente natural que enviaran un mensajero a Jesús. No sabemos cuanto tiempo le llevó llegar a su destino. Si (como parece probable) el Señor seguía en Betania, al otro lado del Jordán, muy al norte, quizá le llevó bastante tiempo, posiblemente tres días, ciertamente no menos de dos si viajó rápidamente. El mensaje que las hermanas enviaron fue muy hermoso: “Señor, el que amas está enfermo”. Analicemos lo siguiente:

- a. El hecho de que no le dicen a Jesús qué debe hacer, sino que se lo dejan todo a Él, simplemente afirmando el hecho: “el que amas está enfermo”. Ni siquiera le piden a Jesús que venga a sanarlo.
- b. El hecho de que basan su súplica no en el amor de su hermano o en su propio amor por el Señor, sino sólo en el amor del Señor por su hermano. Saben que en el corazón de Jesús hay un afecto cálido y personal por Lázaro. Probablemente en ocasiones anteriores lo habían advertido. Jesús quizá, incluso, se lo dijo de palabra. Pronto otros van a hacer observaciones acerca del amor de Jesús por Lázaro.

#### 5. El propósito

*Jesús, al oírlo, dijo:*

*—Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.*



La respuesta que da Jesús indica que miraba más allá de la muerte. Cuando dijo, “Esta enfermedad no es para muerte”, no quiso decir, “Lázaro no va a morir”, sino, “La muerte no será el resultado final de esta enfermedad”.

La culminación será “la gloria de Dios”, o sea, la manifestación del poder, amor y sabiduría de Dios, de forma que los hombres puedan ver y proclamar estas virtudes. Cuando el Hijo es glorificado a través de la manifestación de sus brillantes virtudes en obras de poder y gracia, también es glorificado el Padre. Estos dos no se pueden separar. Y a fin de que esta gloria pueda brillar con más esplendor, Lázaro debe primero morir. La enfermedad es para (en interés de) la gloria de Dios.

Cuando Jesús dice, “Esta enfermedad no es para muerte”, parecería legítima la inferencia de que Lázaro todavía no había muerto y que Jesús lo sabía. Pero cuando agrega, “Es para la gloria de Dios”, resulta evidente que ya sabía con exactitud lo que iba a suceder, a saber, que Lázaro moriría y que Él lo resucitaría.

Si suponemos un intervalo de por lo menos dos días (probablemente tres) entre la entrega del mensaje (“el que amas está enfermo”) y el regreso del mensajero a la casa de María y Marta, entonces, con toda probabilidad, Lázaro ya había muerto cuando se completó el viaje de ida y regreso. Pero en medio de la tristeza más profunda de las hermanas, las palabras del Señor, que el mensajero les trajo a su regreso, seguirían resonando en sus oídos: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella”. El mensaje debe haber sorprendido a las hermanas. Con todo, en ciertos momentos puede haber hecho incluso que un rayo de esperanza iluminara su sendero.

Cuando Jesús dijo, “Esta enfermedad no es para muerte”, los discípulos deben haber pensado que quería decir, “Lázaro no morirá como resultado de esta enfermedad”.

## 6. Los días extra

*Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.*

Según el texto el objetivo final del sorprendente milagro que va a ocurrir es el incremento de la gloria de Dios. Pero este objetivo final no excluye objetivos subsidiarios que armonicen con aquél. Uno de ellos fue el fortalecimiento de la fe de los miembros de esta familia y de los discípulos. Ahora bien, ¿cuál era el medio más efectivo de conseguir este fin? ¿Era el sanar un enfermo o el resucitar un muerto? Naturalmente lo segundo. En consecuencia, cuando Jesús oyó que Lázaro estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde estaba; o sea, probablemente no salió hacia Judea hasta que Lázaro hubiera estado en el se-



pulcro cuatro días, a fin de que el milagro y la gloria fueran tanto más grandes. Por ello, lo que puede haber parecido como demora cruel, fue en realidad la preocupación más tierna por el bienestar espiritual de los verdaderos discípulos. ¡Los caminos de Dios son a veces muy extraños! Además, cuanto más se fortalece la fe, tanto más se incrementa la gloria de Dios. En consecuencia, hay armonía perfecta entre el fin subsidiario y el último.

## 7. El riesgo de ir a Judea

*Luego, después de esto, dijo a los discípulos:*

*—Vamos de nuevo a Judea.*

*Le dijeron los discípulos:*

*—Rabí, hace poco los judíos intentaban apedrearte, ¿y otra vez vas allá?*

*Respondió Jesús:*

*—¿No tiene el día doce horas? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero el que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.*

Han pasado dos días, y Lázaro ha muerto. Jesús dice, pues, a los discípulos, “Vamos a Judea otra vez”. Los discípulos, seguros de que Lázaro se está recuperando, o al menos eso suponían, se preguntan si el Señor trata de emprender una nueva tarea en la provincia donde tiene a sus peores enemigos. Todavía no entendían que Jesús tenía que sufrir. Visto de esta forma no sorprende la respuesta de los discípulos, “*Rabí, hace poco los judíos intentaban apedrearte, ¿y otra vez vas allá?*” Ellos experimentan una suerte de sorpresa, no pueden entender por qué Jesús quiere regresar a un territorio donde tan recientemente se intentó apedrearlo.

La respuesta que da Jesús, como siempre hizo, tiene un profundo significado. Se emplea una metáfora para ilustrar una hermosa y confortadora verdad espiritual. Sin embargo, así como incluso hoy día algunos de entre el auditorio de un ministro escuchan la ilustración pero no alcanzan a captar el punto que intenta poner de manifiesto, así también los auditores a los que nuestro Señor se dirigió durante su permanencia en la tierra, muy a menudo vieron la metáfora pero no comprendieron la verdadera lección, la verdad subyacente.

La metáfora que Jesús utilizó, en su significado literal, fue como sigue:

El día judío tenía doce horas. Ya fuera invierno o verano tenía siempre exactamente doce horas, aunque la longitud de la hora difería, desde (lo que para nosotros serían) 9 horas y 48 minutos hasta 14 horas y 12 minutos. Siendo, pues, la hora judía flexible, difiere de la nuestra que siempre tiene la misma duración. Sin embargo, incluso en nuestro caso, hay, en promedio, 12 horas por día, de modo que el dicho de Jesús es válido para todos los tiempos. Ahora bien, si alguien camina de día, no tropieza, por la razón de que, aunque haya obstáculos que por sí mismos podrían fácilmente hacerlo tropezar, los ve con claridad, porque brilla en lo alto la luz del mundo, el sol. De ahí que los obstáculos se pueden evitar e

incluso superar. Sin embargo, si alguien camina durante la noche (especialmente en un país que ni siquiera tiene luz artificial), tropieza, porque la luz del sol ya no ilumina sus ojos (no hay luz en él).

Ahora bien, si Jesús quiso simplemente decir, “Caminemos de día, y escondámonos de noche”, este dicho hubiera estado fuera de contexto con su estilo siempre altamente simbólico. En armonía con expresiones similares que abundan en el Evangelio de Juan lo que quiso decir es esto: El tiempo que me ha sido concedido para realizar mi ministerio terrenal tiene una duración fija (como la duración del día es siempre exactamente 12 horas). No se puede prolongar por medio de ninguna medida preventiva que vosotros, discípulos míos, quisierais tomar, ni tampoco se puede abreviar por ningún complot que mis enemigos quisieran ejecutar. Ha sido definitivamente fijado en el decreto eterno. Si andamos a la luz de este plan (que a Jesús le era conocido), con la disposición de someternos al mismo, no tendremos que preocuparnos de nada (no podemos sufrir verdaderas heridas); si no, fracasaremos. Para Jesús mismo la rebelión contra el plan de su Padre celestial (que era también su propio plan) era, desde luego, inconcebible. En el caso de los discípulos era diferente. Necesitaban esta instrucción.

## 8. El propósito de ir a Judea

*Dicho esto, agregó:*

*—Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo.*

*Dijeron entonces sus discípulos:*

*—Señor, si duerme, sanará.*

*Jesús decía esto de la muerte de Lázaro, pero ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño.*

Jesús revela ahora el propósito de su plan al ir a Judea. Tiene que ver con Lázaro. El Señor llama al hermano de María y Marta nuestro amigo Lázaro. De ello los discípulos pueden deducir que no fue ausencia de amor lo que hizo que Jesús permitiera la muerte de Lázaro. El Señor se dirige a sus discípulos con estas palabras, “Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarlo”. ¿Cómo sabía Jesús que Lázaro había pasado a otra vida?

La muerte de los creyentes se compara a menudo con el dormir. En el Antiguo Testamento abundan las referencias a dormir equiparado con la muerte. Por ejemplo: “Cuando duerma (Jacob) con mis padres ...” “Cuando tus días (los de David) sean cumplidos, y duermas con tus padres ...” En el Nuevo Testamento encontramos: En Mateo 27 “Muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron”. En los Hechos de los Apóstoles, “Y habiendo (Esteban) dicho esto, durmió”. En 1 Tesalonicenses, “Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen”. La comparación es, desde luego, muy adecuada: los creyentes esperan el despertar glorioso al otro lado. En el caso de Lázaro la metáfora es to-

davía más sorprendente: como alguien se levanta del sueño, así Lázaro está a punto de levantarse de nuevo de la muerte.

En relación con esto resulta instructivo observar la forma hermosa y consoladora en que la Escritura habla en todas partes acerca de la muerte de los creyentes. Esa muerte es preciosa, es “Estimada a los ojos de Jehová” (Salmos. 116:15); “fue llevado por los ángeles al seno de Abraham” (Lucas 16:22); “estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43); “ir a la casa con muchas moradas” (Juan 14:2); “un (bendito) partir” (Filipenses 1:23; 2 Timoteo. 4:6), a fin de “estar con Cristo” (Filipenses 1:23), “estar presentes al Señor” (2 Corintios 5:8); “ganancia” (Filipenses 1:21); “muchísimo mejor” (Filipenses 1:23); y, como aquí, “dormir” en el Señor.

Los pasajes que hablan de creyentes que duermen no enseñan un estado intermedio de reposo inconsciente (sueño del alma, psicopático). Aunque el alma está dormida para el mundo del que ha salido, está despierta respecto a su propio mundo.

Cuando Jesús dijo a sus discípulos que iba a Betania para “despertar” a Lázaro, se debieron dar cuenta, por la duración del viaje (quizá tres días), que se refería no al reposo del sueño natural. Para los lectores en Asia Menor (y en todas partes) el evangelista aclara bien que Jesús ha estado hablando acerca de la muerte de Lázaro. Los discípulos, tomando sus palabras (acerca de Lázaro que dormía) en el sentido más literal, demostraron que todavía no eran muy buenos en exégesis. Hacían lo que tantos hoy día quieren que hagamos: tomaban cada detalle literalmente. Decían, “Señor, si duerme, sanara”; es decir, el sueño mismo producirá en él su efecto restaurador. Aunque esto puede parecer como una observación muy tonta de su parte, ¡y hasta cierto punto sí fue estúpida! es apropiado advertir que la idea de que Lázaro se recuperará de la enfermedad era una inferencia natural de las palabras de Jesús, según (con toda probabilidad) ellos las interpretaron. Un error simplemente condujo a otro. Cuando Juan escribe, “dijeron entonces sus discípulos, ‘... sanará’”, esto no implica necesariamente, “pero yo (Juan) conocía mejor las cosas”.

## 9. La noticia de la muerte de Lázaro

*Entonces Jesús les dijo claramente:*

*—Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos a él.*

Jesús esperó hasta ese momento para decir a los discípulos claramente, “Lázaro ha muerto”. Al esperar hasta este momento les permitió reflexionar acerca de su anuncio a la luz de la otra afirmación sorprendente (hecha sólo unos momentos antes), “*Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo.*” Así, pues, se comienza a interpretar ese despertar. Es el despertar de alguien que acaba de dormirse; es decir—¡que acaba de morir! Pero el hecho

de que esto debiera haber aclarado las ideas en la mente de los apóstoles no quiere decir que de hecho produjera este efecto. En el caso de Tomás sabemos que no fue así por lo que afirma en el versículo subsiguiente. ¿Habían olvidado los discípulos el gran evento que se refiere en Lucas cuando Jesús resucitó al único hijo de la viuda? ¿Y habían Pedro, Santiago y Juan olvidado la resurrección de la hija de Jairo cuando Jesús había utilizado lenguaje semejante (no idéntico) respecto a la muerte (“No está muerta, sino que duerme”)? De haber estado presente Jesús, se hubiera esperado de Él un milagro de curación; pero, como se ha señalado antes, el volver a la vida a un muerto sería una forma más efectiva de fortalecer la fe que la curación de un enfermo. Por esta razón Jesús dijo, “... me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis”. Como el milagro que se va a realizar es (entre otras cosas) en beneficio de los discípulos, no sorprende que Jesús diga, “pero vamos a él”.

## 10. El valiente Tomás

*Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos:  
—Vamos también nosotros, para que muramos con él.*

Uno de los discípulos tenía un nombre (Tomás) que tanto en arameo como en griego, significaba gemelo o mellizo. Nada sabemos acerca de su hermano mellizo o hermana melliza, y de nada sirve teorizar. Juan, que escribía para lectores griegos, añade el equivalente griego del nombre arameo (Dídimo).

En otros lugares Tomás se menciona simplemente en la lista de los apóstoles. El cuarto Evangelio lo describe, indica su modo de ser. Caracterizan al hombre su devoción (a Jesús) y el desaliento. Siempre tiene miedo de perder a su amado Maestro, o que le ocurra algún mal. Espera el mal y no puede creer el bien cuando ocurre.

Según este espíritu de devoción y desaliento dice, “Vamos también nosotros, para que muramos con él”. ¡Tomás no piensa en primer lugar en Lázaro, ni en sí mismo, sino en su Señor, al que no hay que permitir que muera solo!

Creemos que la expresión “con él” (en “Vamos también nosotros, para que muramos con él”) significa con Jesús. Según lo ven los discípulos, ir a Judea significa peligro, posiblemente muerte para Jesús. Algunos hábiles comentaristas arguyen que la cláusula “para que muramos con él” no puede significar “que muramos con Jesús”, debido al hecho de que en el momento de la crisis “todos los discípulos (incluyendo Tomás) dejándole, huyeron”. Pero ¿acaso no sucede con frecuencia que las intenciones de alguien son mejores que sus acciones? Probablemente Tomás es muy sincero en la intención de morir con su Señor, pero le falló el valor cuando la muerte realmente amenazó. ¿Y no se puede presumir sin riesgo que Pedro también fue sincero cuando afirmó con vehemencia que nunca negaría al Maestro? Sin embargo, ¿sabemos que así sucedió!

No vemos razón, pues, para interpretar la cláusula, “para que muramos con él”, como si significara “para que muramos con Lázaro”. Cuando Tomás dijo, “Vamos también nosotros”, quiso decir, “Vamos nosotros con Jesús”. En consecuencia, cuando agregó, “para que muramos con él”, debe haber querido decir “para que muramos con Jesús”. Mateo consignó en su evangelio palabras de Pedro similares a las de Tomás: “Aunque me sea necesario morir contigo”.

Debemos rescatar la valentía y fidelidad de Tomás. Este apóstol pasó a la historia como el “incrédulo” pues la expresión “ver para creer” quedó como un estigma para este valiente. El mundo no lo reconoce como el único que estaba dispuesto a morir con su Señor sino como el modelo de incredulidad.

## 11. La llegada de Jesús

*Llegó, pues, Jesús y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro.*

Jesús llegó a las afueras de Betania de Judea. La palabra halló probablemente significa que había averiguado acerca de Lázaro y le habían dicho que el hermano de Marta y María había estado en la tumba ya por cuatro días. El alma de Jesús podía conseguir información de más de una manera. En el caso presente alguien parece haberle dado información en una forma perfectamente natural y humana.

Las noticias que el Señor recibió fueron que Lázaro había estado en el sepulcro ya cuatro días. Probablemente habiéndose puesto en camino inmediatamente después de que Lázaro había muerto y había sido sepultado (la muerte y la sepultura ocurrieron en el mismo día, como era costumbre), Jesús había llegado a la entrada del pueblo de Betania después de tres días de viaje; es decir, en el cuarto día (contando como primero el día de la muerte y sepultura). El evangelista hace una mención especial de este cuarto día a fin de poner de relieve la magnitud del milagro.

Según una tradición rabínica, el alma de la persona difunta ronda cerca del cuerpo durante tres días esperando reunirse con él y se separa por completo cuando advierte que el cuerpo ha entrado en estado de descomposición. La Escritura no enseña esto en ningún pasaje; antes bien, lo contrario: el alma va de inmediato a su estado eterno; pero es posible que la gente del tiempo de Jesús viviera engañada con esta superstición. Decimos posiblemente (no seguramente), porque la forma escrita de esta tradición data de la primera parte del siglo tercero d.C. Si ésta se creía en los días de la vida terrenal de Jesús, la grandeza del milagro que iba a realizarse se pondría naturalmente más de relieve. Sin embargo, incluso totalmente aparte de esto, el cuarto día en este caso significaba ciertamente descomposición; en consecuencia, esta nota temporal prepara al lector para una manifestación sumamente notable de poder.

## 12. La localización

*Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios, y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas por su hermano.*

Esta nota topográfica se añade para que los lectores que vivían lejos de Palestina pudieran visualizar lo sucedido. ¿Significa el verbo “estaba” que la Betania de Judea del tiempo de Jesús había dejado de existir cuando se escribió este Evangelio? Probablemente no: el tiempo pasado armoniza con la narración de un suceso pasado. Literalmente Juan ubica a Betania como sigue: “como a quince estadios”, que es una forma idiomática de expresar distancia, tomando el lugar más distante (en este caso Jerusalén) como base del cálculo. Un estadio es 1/5 de kilómetro; en consecuencia, quince estadios es como tres kilómetros. La proximidad de Betania respecto a Jerusalén se menciona para explicar por qué tantos judíos de la capital habían acudido a consolar a las hermanas. Del hecho de que Marta y María fueran discípulas de Jesús no se debe concluir que los judíos que habían venido a dar su pésame fueran todos amigos del Señor. El hecho es que antes de que sucediera este milagro estos judíos criticaban a Jesús y no creían en Él en ningún sentido. Muchos cambiaron de actitud después de ver el milagro. Algunos siguieron con su incredulidad, la cual se manifestó y produjo hostilidad. Este es el cuadro tal como lo describe el evangelista:

## 13. Marta y María

*Entonces Marta, cuando oyó que Jesús llegaba, salió a encontrarlo, pero María se quedó en casa.*

Parecería que la proximidad de Jesús no había sido anunciada al grupo de dolientes que estaban en la casa de Marta y María. ¿Había enviado Jesús un mensajero especial (quizá uno de sus discípulos) para informar a Marta sola? No se nos dice, con palabras expresas, que Jesús llamó a Marta. De cualquier modo, parece que el Señor deseaba hablar con Marta y que quería hacerlo lejos de la ruidosa muchedumbre. Deseaba hablar con ella a solas y sin estorbo. Por esto permaneció a la entrada del pueblo. Quizá hubo alguna otra razón de por qué Jesús se detuvo ahí en lugar de proceder hasta la casa de duelo.

La hermosa correspondencia entre los Evangelios (en este caso Lucas y Juan) se muestra en esta descripción personal de las dos hermanas. Lucas describe a Marta ocupada, muy activa y a María tranquila y contemplativa, quedándose a los pies del Maestro. El presente relato en Juan. Jesús, comprendiendo la forma de ser de cada hermana, permite que María permanezca más en la casa, mientras sostiene la conversación con Marta a la entrada misma del pueblo.

## 14. La expresión de Marta

*Marta dijo a Jesús:*



—*Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará.*

Cuando Marta se encuentra con Jesús, repite, en sustancia, lo que muy probablemente se había dicho tantas veces durante la enfermedad de su hermano. Luego tanto ella como María habían venido expresando ese anhelo que rayaba en la desesperación: “Si Jesús hubiera estado aquí”. Por esto ahora Marta dice, “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Esta observación no debe verse como expresión de reproche o resentimiento, como si Marta dijera, “¿por qué te has entretenido dos días completos, quedándote donde estabas cuando sabías muy bien que te necesitábamos tanto?” No es la expresión de desencanto respecto a Jesús. Marta sabía muy bien que hubiera sido difícil (si no de hecho imposible, excepto por medio de un milagro) que Jesús hubiera llegado a la casa de Betania a tiempo para sanar a Lázaro. Humanamente hablando el mensaje había llegado demasiado tarde. En consecuencia, debemos considerar las palabras de Marta como expresión de un agudo dolor.

Marta agrega, Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. La índole sorprendente de esta afirmación debe recibir la atención que se merece. No es realista decir que con estas palabras Marta no puede haber insinuado que posiblemente Jesús podría incluso devolver la vida a Lázaro. Es cierto que, a primera vista, parece indicar el abandono de tal esperanza. Pero debe tenerse presente que unos días antes (¿anteayer?) ¡estando ya Lázaro en la tumba! el mensajero había regresado de su entrevista con Jesús. Y el mensaje que trajo fue, citando las palabras del Señor: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella”. Podemos imaginar cómo una y otra vez Marta, ahora que su hermano había muerto, se habría repetido estas palabras tan misteriosas: “Esta enfermedad no es para muerte”. A la luz de esto las palabras del versículo 22 adquieren el significado: *...que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará.* Para Marta, la resurrección de Lázaro no quedaba excluida de este “todo”.

Sin embargo, aunque las palabras de Marta implican la posibilidad del gran milagro que está a punto de ocurrir, ella tenía sólo una esperanza vacilante. No se atrevía a expresarla abiertamente y en palabras explícitas. Tenía miedo de su propia conclusión. Cuando Jesús afirmó en lenguaje muy claro lo que Marta había simplemente insinuado, entonces ella, una vez que transfirió su atención de la gloriosa promesa de Cristo al estado actual de su difunto hermano, ocultó su esperanza. Incluso podemos decir que por el momento se habían apagado en su alma las chispas, de modo que tuvieron que ser reavivadas.

Creemos que esta explicación psicológica es la correcta. En el corazón de Marta combatían las tinieblas del dolor y la luz de la esperanza. A veces sus labios expresaban su casi deses-



peración; luego de nuevo su optimismo. Por ello, es erróneo, nos parece, decir que las palabras referidas aquí no deben interpretarse como la expresión de una esperanza semirevelada y semioculta. Estamos frente a una mujer profundamente emotiva. Su alma es presa de dolor por la muerte de un hermano al que quería muchísimo. Pero también estamos frente a una discípula de Jesús, con el alma llena de reverencia hacia su Señor. Estamos, pues, frente a un corazón conmovido hasta lo más íntimo e indeciso entre el dolor y la esperanza.

Marta consideraba las obras de Jesús como hechas en respuesta a la oración. Sin embargo, cuando dijo, “Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará”, utilizó una palabra para oración (α τέω: pedir) que Jesús nunca utilizó en relación con sus propias peticiones. El término que utilizó Marta es adecuado en el caso de un inferior que pide un favor a un superior. El término que Jesús empleaba respecto a sus propias peticiones implica generalmente la igualdad de las dos personas (la que pide y aquella a la que se pide). Este último término (ρωτάω) significa hacer una petición; pero también simplemente: preguntar o inquirir (y en este sentido es adecuada en los labios de cualquiera). Podríamos decir, por tanto, que Marta, que estaba a punto de hacer una hermosa confesión respecto a Jesús, no comprendió el significado pleno de la relación entre el Padre y el Hijo. Sin embargo, lo que hay que subrayar es que en el versículo 22 la luz de la fe de Marta, aunque todavía oscurecida por las dudas que la asaltaban, disipa momentáneamente las tinieblas de su casi desesperación.

## 15. La predicción de Jesús

*Jesús le dijo:*

—*Tu hermano resucitará.*

*Marta le dijo:*

—*Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final.*

En la forma más simple posible Jesús predijo lo que estaba a punto de ocurrir: “Tu hermano resucitará”. Marta, refrenando (¿incluso quizá apagando?) por el momento su vacilante esperanza, como si fuera demasiado hermosa para ser verdad, y como si el aferrarse a la promesa de Jesús fuera demasiado atrevido, respondió en tono dolorido, “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final”. Si refrenando—y no extinguiendo— fuera la palabra adecuada en este caso, se podría todavía preguntar: ¿estaba tratando con su respuesta que Jesús le explicara claramente lo que quería decir? Pero es más probable la opinión de que, por el momento, una vez más habían triunfado el dolor y el desaliento. Probablemente pensaba: “Jesús se refiere, desde luego, a la resurrección al fin de los tiempos”. Esta referencia a la resurrección en la gran consumación fue quizá una especie de consuelo convencional, que utilizaban los plañideros profesionales que no sabían qué decir. Pero esto no era lo que Jesús tenía en mente cuando dijo, “tu hermano resucitará”.

No debe pasar inadvertido que en lo que dijo Marta dio por sentado, como totalmente indiscutible, la resurrección en el día postrero. Marta creía en ello porque además de ser judía; era también discípula de Jesús. Podemos presumir que había aceptado por fe las enseñanzas de Jesús.

## 16. La gran manifestación

*Le dijo Jesús:*

*—Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?*

Sigue aquí otro gran YO SOY—el quinto (manifestación expresa del nombre de Dios dado a Moisés en el pasaje de la zarza ardiente). Hay un total de siete en el Evangelio de Juan. (6:35; 8:12; 10:9; 10:11; 14:6; y 15:5). De nuevo son intercambiables el sujeto y el predicado. Jesús es la resurrección y la vida; la resurrección y la vida, eso es Jesús. Tanto la resurrección como la vida están en Él. Destaquemos el orden: primero resurrección, luego vida; porque la resurrección abre la puerta hacia la vida inmortal.

Jesús es la resurrección y la vida en persona, la vida plena y bendita de Dios, todos sus gloriosos atributos: omnisciencia, sabiduría, omnipotencia, amor, santidad, etc. Como tal, es también la causa, manantial o fuente de la gloriosa resurrección de los creyentes y de su vida eterna. Porque Él vive, también nosotros viviremos. Si Él desaparece, no queda sino la muerte. Si Él está presente, están aseguradas la resurrección y la vida. El príncipe de la vida es siempre el vencedor de la muerte. No sólo lo es en la resurrección en el último día; lo es siempre. Esta es exactamente la verdad que Marta no llegó a captar. Por ello, Jesús enfatizó aquí esto, a fin de reavivar la llama de la esperanza en el corazón de Marta, de modo que se alimentara hasta convertirse en una llama viva y ardiente. Lo que Marta casi no se atrevía a esperar iba a convertirse en algo real; porque Él, quien era el Príncipe de la vida, también en este momento, era el triunfador de la muerte en todas sus formas.

El resto de este glorioso YO SOY es un desarrollo sistemático de las palabras iniciales. Jesús es la resurrección; por ello, “el que cree en mí, aunque muera vivirá”. Jesús es la vida; por ello, “todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás”. Es un hermoso paralelismo sintético. La segunda frase refuerza a la primera pero no se limita a repetirla.

Primero, se describe al creyente en el momento de la muerte. Uno piensa naturalmente en Lázaro, pero lo que se dice se aplica a todo creyente que muere físicamente. Las palabras son: “El que cree en mí aunque muera (físicamente) vivirá (consiguiendo la vida eterna en la gloria).

Luego, se describe al creyente como a alguien que vive en la tierra, antes de la muerte. Leemos: “Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás (nunca gustará la muerte eterna; nunca estará separado alma y cuerpo de la presencia del Dios de amor)”. Incluso la muerte física no puede apagar la vida real del creyente; por el contrario, esa muerte es ganancia, porque lo introduce al disfrute pleno de la vida.

En la primera frase, creer es seguido por vivir. Se refiere a la vida del cielo. Es cierto, desde luego, que incluso en la tierra el creyente experimenta de antemano esta vida celestial. En la segunda frase al vivir y creer le sigue el no morir jamás. No morirá jamás implica realmente: ciertamente vivirá para siempre, sí, para siempre.

Todo ello es un hermoso paralelismo, en el cual la segunda cláusula confirma y refuerza la primera. La distribución, además, es ascendiente. Esto se verá de inmediato: el hecho de que el creyente al morir entra a la vida en el estado de perfección resulta consolador, aunque no es algo desconocido; pero el que el creyente que reside en la tierra tenga la seguridad de que no morirá jamás resulta sorprendente.

De este modo el milagro mismo tiene una introducción gloriosa y clara, de modo que cuando ocurra se verá no como un fin en sí mismo sino como un ejemplo de lo que Jesús es y desea ser para todos los que confían en Él. Así, pues, el milagro se verá en su verdadero carácter, a saber, como señal, que apunta hacia Cristo, y lo manifiesta en toda su gloria.

El incrédulo repudia ambas cláusulas de este glorioso YO SOY y también la afirmación en la que ambas se apoyan. Opina que con la muerte todo acaba. Por esto no puede aceptar la afirmación: “el que cree en mí, aunque muera vivirá”. También concibe la muerte física como lo real, como el inflexible segador; por ello, para él, no tiene sentido la idea de que esta muerte pudiera alguna vez verse privada de su verdadero poder. Estas verdades se aceptan por fe, sólo por fe. Por esta razón, Jesús exigió que Marta hiciera personalmente suyo lo que acababa de oír de los labios de Él, a saber, que como resultado de lo que Él es—es decir, la resurrección y la vida—la vida del creyente triunfa siempre sobre la muerte. “¿Crees esto?”, le dice Jesús a Marta. Sigue una hermosa confesión:

## 17. La confesión de Marta

*Le dijo:*

*—Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.*

La confesión de Marta aquí es positiva, heroica y amplia. Es, en realidad, muy conmovedora, tanto más notable debido a que se ha hecho bajo circunstancias tan difíciles. El YO SOY de Jesús la ha ayudado considerablemente. La vemos ahora en su mejor momento; más bien, vemos que la gracia de Dios se manifiesta en ella, al oírla decir, “Sí (así entiendo

la afirmación de que Jesús es la resurrección y la vida, y las dos proposiciones que le siguen), Señor; yo he creído (tiempo perfecto: ha llegado a ser una profunda convicción en mí) que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene al mundo” (título exacto para Aquél que voluntariamente vino del cielo a la tierra).

Decir, como se hace a veces, que Marta no quería confesar la deidad plena del Señor, lo lleva a uno a una inconsistencia irremediable. Marta había oído a Jesús que hablaba de sí mismo como el Hijo de Dios. Ahora bien, si otros entendieron que esto significaba que se atribuía igualdad plena con el Padre, ¿por qué no Marta? Ella había oído las pretensiones de Jesús, y las había creído. Dijo, “Yo he creído”. El pronombre yo, porque está explícito y debido a su posición en la frase, debe probablemente considerarse en este caso como enfático. Otros habían oído las mismas afirmaciones, pero las habían rechazado llamando blasfemo a Jesús.

Es comprensible que un poco después Marta vacile de nuevo, de modo que por el momento no vea las implicaciones plenas de su anterior confesión. Los ojos de Marta no estaban siempre fijos en Jesús. A veces se dirigían hacia el cadáver. Cuando esto sucedía, se oscurecía su visión espiritual.

## 18. El llamado a María

*Habiendo dicho esto, fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto:  
—El Maestro está aquí, y te llama.*

Una vez hecha su gloriosa confesión, Marta entra de nuevo en la casa de duelo. Podemos imaginárnosla entrando y susurrando a su hermana, María. ¿Por qué llamó a María en secreto? ¿Fue porque no quería que los judíos (en general hostiles a Jesús) supieran que Jesús estaba cerca? ¿Tenía miedo, quizás, de que pudiera suscitarse controversia entre Jesús y los judíos, y deseaba darle también a María la oportunidad de conversar con el Maestro en privado? Es posible.

La razón por qué llamó a María fue, (además de su propio deseo) que Jesús le había pedido que lo hiciera. Esta es, sin duda, la explicación más natural de las palabras: “el Maestro está aquí y te llama”.

Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y vino a Él. Jesús todavía no había entrado en la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. Cuando María oyó esto se puso de pie para salir apresuradamente de la casa. Se dirigía a Jesús. Este todavía no había entrado en el pueblo mismo, sino que estaba aún en el lugar donde Marta lo encontró. Los comentaristas sugieren varias razones posibles para explicar el hecho de que Jesús permaneciera ahí incluso después de su conversación con Marta. Una razón que se sugiere

es: dar a María la misma oportunidad de una entrevista privada que había disfrutado su hermana. Pero respecto a esto debe recordarse que de hecho la entrevista de María difícilmente se puede llamar privada. Quizá debe buscarse la solución en una dirección totalmente diferente, que también la han sugerido varios comentaristas; a saber, que el lugar donde se efectuaron las conversaciones con Marta y (luego) con María estaba muy cerca del “cementerio”. Aunque no sabemos esto con seguridad, el relato, sin embargo, deja esta impresión en nosotros. Si éste fuera el caso, no es difícil entender por qué Jesús, que no tenía nada que hacer en la casa sino en la tumba, permaneció donde estaba.

## 19. Los judíos

*Entonces los judíos que estaban en casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado de prisa y había salido, la siguieron, diciendo:  
—Va al sepulcro, a llorar allí.*

Parecería que María era la más emotiva de las dos hermanas. Es posible que este rasgo también explique la forma apresurada de levantarse para salir de la casa, aunque debe tenerse presente que se nos dice claramente que Jesús, a través de Marta como mensajera, había llamado a María. ¿Fue esta forma apresurada de levantarse lo que hizo que los judíos sacaran la conclusión de que María se dirigía hacia la tumba para llorar en ella, de modo que la siguieran, aunque no habían seguido a Marta? Ciertos comentaristas opinan así, lo cual puede ser correcto, pero no lo sabemos con seguridad.

Debemos tener en cuenta también que esta decisión de parte de los judíos, a saber, la de seguir a María hasta la tumba, estaba en el plan de Dios. ¡Quería que los judíos vieran el milagro!

## 20. Lo que expresó María

*María, cuando llegó a donde estaba Jesús, al verlo, se postró a sus pies, diciéndole:  
—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.*

Cuando María vio a Jesús, cayó instantáneamente a sus pies para llorar. En esta actitud de reverencia y adoración repitió lo que Marta había dicho: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Nótese que mientras Marta no cayó a los pies de Jesús, María no agregó (como Marta lo había hecho). “Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará”.

Las hermanas parecen iguales ahora. En cualquier caso, sobre la base de lo que se encuentra en este relato, no hay pruebas suficientes para afirmar que la fe de María era de calidad o grado más excelente que la de Marta.

## 21. El llanto de María y de los judíos

*Jesús entonces, al verla llorando y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió, y preguntó:*

*—¿Dónde lo pusisteis?*

*Le dijeron:*

*—Señor, ven y ve.*

Cuando Jesús vio que María lloraba y que los judíos, que habían venido con ella, muchos de los cuales iban a aceptarlo por fe, también lloraban, se conmovió profundamente en el espíritu. El intenso brote de emoción se hizo probablemente visible en el aspecto de Jesús, su tono de voz y (quizá sobre todo) en su constante suspirar.

Indignado con el pecado como raíz de todo sufrimiento y pesar, pero también haciendo suyo el dolor de los que están junto a Él, Jesús, conmovido profundamente en el espíritu y visiblemente agitado, dijo, “¿Dónde le pusisteis?” Aunque hubiera podido pedir información de varias maneras, utilizó aquí el método más humano: preguntó a los que estaban junto a Él. Estos (quizá los que estaban más favorablemente inclinados hacia Él) respondieron “Señor, ven y ve”.

## 22. El llanto de Jesús

*Jesús lloró.*

Es el único lugar en el Nuevo Testamento donde aparece este verbo en el original griego. Hay que advertir una diferencia entre los verbos en el griego original. Uno es el que se usa cuando María y los judíos lloraron y otro es este aplicado a Jesús. En español no tenemos esas diferencias. En el caso de María este llanto fue, desde luego, genuino, expresión de pesar real e íntimo por la muerte de un hermano querido. En el caso de los judíos fue, como en muchos casos, probablemente equivalente a gemir. El verbo utilizado aquí no quiere decir gemir o lamentarse. Estas lágrimas eran la expresión más pura de amor, amor no sólo por Lázaro (como pensaron los judíos) sino también por María, Marta y los demás. Eran lágrimas de genuina simpatía.

En relación con estas lágrimas a menudo se observa que demuestran la verdadera humanidad de Jesús. Claramente es correcta esta observación. El cuarto Evangelio (justamente el libro mismo que pone de relieve la divinidad de Cristo) lo describe no sólo como absolutamente divino sino también como verdaderamente humano. Debe insistirse, sin embargo, en que estas lágrimas de nuestro Señor no fueron acompañadas de pecado. No fueron las lágrimas del plañidero profesional, ni las del sentimental, sino las del puro y santo Sumo Sacerdote lleno de compasión. Nacieron del más genuino amor, por el hombre que se encuentra en todo el universo, el amor por el cual Jesús se dio a sí mismo.



### 23. La interpretación judía

*Dijeron entonces los judíos:*

—*¡Mirad cuánto lo amaba!*

*Y algunos de ellos dijeron:*

—*¿No podía este, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?*

Los judíos interpretaron en forma más bien limitada estas lágrimas de Jesús, como si sólo las hubiera derramado por dolor ante la muerte de Lázaro y no, al mismo tiempo (como lo indica claramente el contexto), por simpatía genuina con las lágrimas de otros. Entre los judíos, como ya se ha observado, había quienes iban a aceptar a Cristo por fe.

Los judíos se conmovieron profundamente ante el amor de Cristo, al igual que un poco después van a sentirse profundamente impresionados ante su poder. En su exclamación se refieren al tierno afecto de Jesús por Lázaro. La forma que aquí se utiliza es vívida “amaba” (en el pasado y hasta el momento de la muerte de Lázaro) o amaba constantemente.

Los judíos creyeron que el caso de Lázaro había concluido. El problema ya no tenía solución. Después de todo, Lázaro estaba muerto. Pero, ¿por qué Jesús no había impedido su muerte? Algunos le preguntaron con espíritu crítico, otros por simple perplejidad: “¿Acaso el que había abierto los ojos al ciego (el último gran milagro en Jerusalén, acerca del cual todavía hablaba la gente) no hubiera podido también impedir que este hombre muriera?”

Parece que las noticias de la resurrección de la hija de Jairo y del hijo de la viuda no habían llegado a Jerusalén, o, en caso contrario, esta muerte era totalmente diferente: ¡Ya estaba en el cuarto día! ¡El caso no tenía remedio!

### 24. El sepulcro

*Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva y tenía una piedra puesta encima.*

La tumba tenía forma de caverna o recámara excavada en la roca. Nos imaginamos a la roca sobresaliendo de la tierra, quizá ligeramente inclinada hacia atrás. A fin de ahuyentar a los animales salvajes, sobre ella reposaba una lápida de piedra.

### 25. El prólogo al milagro

*Dijo Jesús:*

—*Quitad la piedra.*

*Marta, la hermana del que había muerto, le dijo:*

—*Señor, hiede ya, porque lleva cuatro días.*



Al realizar milagros Jesús no malgastaba su poder. Sólo Dios puede resucitar a los muertos, pero los hombres pueden quitar la lápida de una tumba. Por esto Jesús les pidió que lo hicieran.

En ese momento Marta, la hermana del que había muerto, fijando la atención en el cadáver del hermano y no en el Conquistador de la muerte le dijo: Señor, hiede ya, porque hace cuatro días que murió. El evangelista refiere esta objeción de Marta a fin de poner de relieve la grandeza del milagro. No es necesario ni tampoco aconsejable traducir el original como si dijera, “Señor, ya hay olor”. La idea detrás de esta traducción puede haber sido que, con la piedra todavía frente al sepulcro, no podía despedir olor. Por ello, se arguye que Marta no puede haber querido decir: ya huele. ¡Pero incluso hoy día en torno a una tumba adecuadamente cerrada se percibe cierto olor! Cuando Marta agrega “porque hace cuatro días que murió”, atribuye el olor a la descomposición del cuerpo. La preparación del cuerpo para sepultarlo no era tan meticulosa en Palestina como en Egipto. Embalsamar era una costumbre ajena al pueblo hebreo, pero lo practicaban con mucha meticulosidad los egipcios influyentes. La unción que habían adoptado los judíos prominentes era menos efectiva. La fe de Marta vaciló momentáneamente.

## 26. La manifestación de Jesús

*Jesús le dijo:*

—*¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?*

A fin de fortalecer la fe de Marta, Jesús resumió lo que le había dicho antes, ya fuera por medio de un mensajero o directamente:

- a. “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por medio de ella”.
- b. “Tu hermano resucitará”.
- c. “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?”

Todo esto se resume brevemente en las palabras: “¿No te he dicho, que si crees, verás la gloria de Dios?” Desde luego, Jesús no puede haber querido decir que la realización del milagro dependía del ejercicio de fe por parte de Marta. Lo que quería comunicar era que, si Marta dejaba de pensar en el cadáver y concentraba su atención en Jesús, confiando completamente en él (en su poder y amor), vería este milagro como verdadera señal, como ilustración y prueba de la gloria de Dios reflejada en el Hijo de Dios.

## 27. La oración de Jesús

*Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto. Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo:*

*—Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado.*

Antes de realizar el milagro Jesús ofreció una oración, hermosa por su confianza, sencillez, y sinceridad. Oró como el Enviado del Padre; o sea, oró como el Mediador, ya que era el Hijo de Dios. Alzó los ojos, porque el trono de Dios está en lo alto, y dijo, “Padre (no nuestro padre; Dios es su Padre en un sentido único), te doy gracias por haberme oído”. Jesús podía decir esto, hablando como si el milagro ya se hubiera realizado, porque tenía la certeza en el corazón de que iba a realizarse. Por el bien del auditorio Jesús pronunció estas palabras en voz alta, y por el bien de ellos agregó, “yo sabía que siempre me oyes”. Cuando el ciego de nacimiento (y luego Marta) consideraron los milagros de Cristo como respuesta a la oración, tenían razón.

El propósito de la oración, en la que aparece, desde luego, la íntima relación entre el Padre y el Hijo, fue que la multitud que los rodeaba creyera que Jesús es el Enviado, el verdadero Mesías, con la comisión divina de llevar a cabo su tarea mediadora.

## **28. El milagro**

*Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz:*

*—¡Lázaro, ven fuera!*

*Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo:*

*—Desatadlo y dejadlo ir.*

Y habiendo dicho esto, esto es, habiendo colocado el milagro, que iba a realizarse, en el marco apropiado, clamó a gran voz. No era para nada necesaria la gran voz, el grito penetrante para despertar al muerto. Pero Jesús gritó para que todos los de la multitud estuvieran conscientes del hecho de que el muerto iba a responder a su llamamiento.

Lo que Jesús gritó fue, Lázaro, ven fuera (literalmente, “Lázaro, acá, afuera” dos adverbios). Fue esta voz de Jesús, la expresión de su voluntad omnipotente la que hizo que el muerto volviera a la vida y obedeciera el mandato. No sabemos cómo sucedió, porque fue un milagro y el milagro trasciende la comprensión humana. Con sencillez majestuosa se relata la maravillosa obra: El que había muerto salió. Se describe a Lázaro como muerto”, no en el sentido de “habiendo estado muerto y todavía muerto”, lo cual convertiría todo en algo sin sentido, sino muerto en el sentido que había estado muerto y en este momento era devuelto a la vida. Se presenta un cuadro vívido de Lázaro saliendo del sepulcro. Tenía atadas las manos y los pies (literalmente, atado respecto a los pies y las manos) con vendas, fajas de lino que envolvían sus extremidades. No se dice nada de la sábana blanca que en-

volvía el cuerpo. Parece que, aunque atado de manos y pies, Lázaro pudo caminar, aunque quizá con dificultad. Y el rostro envuelto en un sudario o pañuelo.

La gloria de Dios, la revelación de sus maravillosos atributos (poder, amor, etc.), se manifestó para que todos la vieran. Y esto es lo que el evangelista quiere enfatizar, porque Jesús mismo lo subrayó. Por ello, el Señor desalentó toda vana curiosidad. No quiso que Lázaro permaneciera ahí para dejar boquiabiertos a los curiosos o para contestar preguntas; por ejemplo, “¿Dónde estaba tu alma?” “¿Cómo se siente uno al volver a la tierra?” Para impedir todo esto y para ayudar a Lázaro, que todavía estaba impedido por las vendas y el sudario, Jesús emitió un breve mandato (probablemente a los que estaban más cerca): Jesús les dijo: desatadle, y dejadle ir.

## 29. Conclusión

Está claro en el cuarto Evangelio que Jesús veía la cruz como su suprema gloria y como Su camino a la gloria. Así que, cuando dijo que la curación de Lázaro le glorificaría, estaba dando muestras de que sabía perfectamente bien que el ir a Betania y devolverle la salud y la vida, a Lázaro, era dar un paso que le conduciría a la Cruz. Y así fue. Cuando nos viene alguna prueba o aflicción, especialmente si es en consecuencia de nuestra fidelidad a Cristo, lo veríamos en una luz totalmente diferente si nos diéramos cuenta de que la cruz que tenemos que asumir es nuestra gloria y el camino a una gloria aún más grande. Para Jesús, no había otro camino a la gloria que el que pasaba por la Cruz; y así debe ser siempre también para Sus seguidores. La prueba definitiva del evangelio consiste en ver lo que Jesucristo puede hacer. Las palabras puede que no consigan convencer; pero no hay razonamientos que se le puedan oponer a la intervención de Dios. Es un hecho indiscutible que el poder de Cristo convierte al cobarde en un héroe, al vacilante en una persona segura, al egoísta en un servidor de los demás. Sobre todo, es un hecho histórico innegable que el poder de Cristo convierte a los malos en buenos.

En el milagro de la resurrección de Lázaro, hay ciertas cosas que debemos notar:

- a. Jesús oró. El poder que fluía por Él no tenía su origen en Él, sino en Dios.
- b. Jesús buscaba sólo la gloria de Dios. No hizo aquello para glorificarse a Sí mismo. Cuando Elías tuvo su épica contienda con los profetas de Baal, oró: «Respóndeme, Señor, respóndeme, para que este pueblo reconozca que Tú eres el único Dios».

Todo lo que hacía Jesús era debido al poder de Dios y diseñado para la gloria de Dios. ¡Qué diferente de nosotros! Hacemos las cosas en nuestro propio poder y para nuestro prestigio. Posiblemente habría más maravillas en nuestras vidas también si dejáramos de actuar por nosotros mismos y le diéramos a Dios el lugar central que le corresponde.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen  
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995